

Louis-Jean Calvet

*Las políticas lingüísticas
y la construcción europea*

Université René Descartes

Traducción de Carina Cottone.

Esta traducción se realizó como trabajo de residencia del Instituto Nacional de Enseñanza Superior en Lenguas Vivas "Juan Ramón Fernández", en el marco de un convenio con la UBA. Bernardo Capdevielle fue tutor de traducción y Patricia Willson, ayudante de traducción.

Comencemos con dos definiciones. Llamaremos política lingüística al conjunto de elecciones conscientes que atañen a las relaciones entre lengua(s) y vida social, y planificación lingüística a la utilización concreta de una política lingüística: el paso al acto; en cierto sentido. Cualquier grupo puede crear una política lingüística: se habla, por ejemplo, de "políticas lingüísticas familiares"; se puede imaginar también que una diáspora (los sordos; los gitanos, los hablantes de yiddish, etc.) se reúne en congreso para decidir una política lingüística. Pero en un ámbito tan importante como el de las relaciones entre lengua y vida social, únicamente el Estado cuenta con el poder y los medios para pasar a la etapa de la planificación, para poner en práctica sus elecciones políticas. Por esta razón, y sin descartar la posibilidad de políticas lingüísticas que trasciendan las fronteras (el caso de la francofonía, por ejemplo) o que involucren entidades más pequeñas que el Estado (en las lenguas regionales; Cataluña, por ejemplo), presentaré esencialmente algunos ejemplos de políticas lingüísticas nacionales.

I. Dos gestiones del plurilingüismo: in vivo e in vitro

Cuando pensamos en la cantidad de lenguas que existen en la tierra (entre 4000 y 5000, vale decir un promedio de 30 por país), podemos creer que se reúnen todas las condiciones para que los hombres no se comprendan. Sin embargo, a pesar de lo que algunos consideran la

maldición de Babel -la multiplicación de las lenguas-, la comunicación se logra en todas partes. La razón reside en la existencia de dos tipos de gestiones del plurilingüismo: uno, procedente de las prácticas sociales; el otro, de la intervención en esas prácticas. La primera gestión, que denominaremos in vivo, contempla la forma en que la gente resuelve los problemas de comunicación que surgen a diario. El resultado de esta gestión serían las "lenguas aproximativas" (los pidgins), o bien las lenguas vehiculares. En ambos casos, se asegura la comunicación gracias a la "creación" o "refuncionalización" de una lengua, que no es el resultado de una decisión oficial, decreto o ley alguna, sino simplemente el producto de una práctica social.

Por otra parte, esta práctica no resuelve únicamente los problemas del plurilingüismo. De hecho, surgen a diario en todas las lenguas del mundo nuevas palabras para designar cosas (objetos o conceptos) que la lengua no designaba anteriormente. Esta neología espontánea fue muy activa en las lenguas africanas de la época colonial. En efecto, las sociedades colonizadas se encontraban frente a tecnologías (automóvil, tren, avión, etc.), funciones (oficial, médico, gobernador, etc.) o bien establecimientos (administración, hospital, etc.) importados de Occidente que exigían un nombre. Puede entonces estudiarse la manera en que una población aprovecha su competencia lingüística para crear nuevas palabras que designan nuevas nociones. Por ejemplo el bambara, en Malí, denomina a un témpano *jikuru* (literalmente "piedra de hielo"), una bicicleta *nègèso* ("caballo de hierro"), un tren *nègésira* ("ferrocarril"). Este último ejemplo nos muestra que existe el mismo tipo de neología tanto en francés o en español (ferrocarril) como en las otras lenguas europeas.

Pero existe otro enfoque de los problemas del plurilingüismo o la neología: el poder. Se trata de la gestión in vitro: los lingüistas analizan en laboratorio las lenguas y situaciones, las describen, formulan hipótesis sobre futuras situaciones, propuestas para resolver problemas, y luego los políticos estudian las hipótesis y las propuestas, toman decisiones, las aplican. Estos dos enfoques son extremadamente diferentes y, en ocasiones, sus relaciones resultan conflictivas si las elecciones in vitro son contrarias a la gestión in vivo o a los sentimientos lingüísticos de los hablantes. Por esto resultará difícil imponerle a un pueblo una lengua nacional que no desea, que no considera lengua sino dialecto, etc. Sería

poco coherente también tratar de imponer por este medio una lengua minoritaria si ya existe una lengua vehicular ampliamente utilizada. O bien, en ocasiones, no es fácil imponerle a una parte de la población una lengua mayoritaria que no desea (el caso, por ejemplo, del wolof en Casamanza, Senegal, o el del bambara en Malí, lenguas vehiculares dominantes rechazadas por una parte de la población). La política lingüística ocasiona entonces problemas de control democrático (evitar que los "que deciden" hagan lo que quieran) y de interacción entre el análisis de las situaciones que realiza el poder y el análisis del pueblo, a menudo intuitivo.

II. La acción sobre la lengua

Las lenguas cambian, tanto debido a sus estructuras internas como a las actitudes lingüísticas. Aunque también se las puede hacer cambiar, intervenir en sus formas. La acción sobre la lengua puede perseguir diferentes objetivos: los principales son su modernización (en la escritura, el léxico), su "depuración" o su defensa.

La reforma de la escritura en China

Sabemos que la lengua china no se representa con un alfabeto, sino que se utilizan *caracteres*. Estos no se organizan, como el alfabeto, según el modelo de la "doble articulación" (un número limitado de fonemas permite crear un número ilimitado de palabras); por eso los caracteres son necesariamente numerosos. Se supone que habría:

-6763 caracteres de base, de los cuales alrededor de 4000 son frecuentes y regulares en la lectura o escritura de textos simples, cotidianos (un "estudiante secundario" chino debe conocerlos);

-1600 caracteres que se suman a los anteriores y permiten imprimir todos los libros antiguos y modernos (estamos cerca de los 23000 caracteres);

-34000 caracteres, poco utilizados, que se agregan a los demás.

Cada uno de estos caracteres se compone de cierto número de trazos que deben delinearse siguiendo un orden y un sentido inmutables: tal trazo antes de tal otro, de izquierda a derecha, de arriba abajo, etc. Evidentemente este sistema ocasiona problemas de aprendizaje y memorización. Para facilitar al pueblo el acceso a la escritura, el gobierno comunista introdujo en 1955 una reforma de la grafía: se simplificaron 515 caracteres y 54 partículas, que pasaron de un promedio de 16 trazos a un promedio de 8 trazos.

Esta simplificación, que reduce el número de trazos, favorece por cierto el aprendizaje y la memorización de los caracteres, pero provoca al mismo tiempo una pérdida semántica. En este sentido, por citar sólo un ejemplo, el carácter clásico para "calcular" se compone, a la izquierda, del carácter para "palabra" y a la derecha del carácter para "diez", cuyo sentido global es "decir las cifras de uno a diez", sentido que se pierde en el carácter simplificado.

La intervención en el léxico de una lengua

La planificación lingüística también puede intervenir en la formación de las palabras, cuando la lengua carece de término específico o cuando se busca reemplazar ciertas palabras por otras.

En el primer caso, se habla de neología. Cuando una lengua cambia de estatuto -se transforma por ejemplo en lengua de enseñanza-, hay que crear las palabras necesarias para esta función: términos gramaticales, vocabulario de matemáticas, química, etc. Este ejemplo es frecuente en las situaciones post-coloniales, y esta neología in vitro puede entrar en conflicto con la neología in vivo si, para las nuevas palabras que proponen los planificadores, ya existen palabras que los hablantes inventaron en la práctica (por ejemplo en Malí, las palabras bambaras *jamana kuntigi*, "señor de la cabeza del país", propuestas en lugar de *peresidan*, "presidente", o *nyétasira*, "camino de la verdad", en lugar de *politigi*, "político"). Pero cabe destacar, por el contrario, que la neología in vitro prevalece en ocasiones; es el caso del término *logiciel*, que en Francia logró imponerse a la palabra extranjera software.

Turquía nos proporciona un buen ejemplo del segundo caso. En 1923, Mustafá Kemal, a quien un movimiento laico y nacionalista condujo

a la presidencia, lanza junto a una serie de reformas económicas, la "revolución lingüística" (*dil devrimi*). El objetivo: modernizar la lengua turca y suprimir cualquier influencia musulmana y otomana. Las principales decisiones serán:

Pasar del alfabeto árabe (que no anotaba bien las once vocales del turco) a un alfabeto basado en el alfabeto latino (la Asamblea Nacional adopta el nuevo alfabeto en 1928).

Suprimir la enseñanza del árabe y el persa en las escuelas (1929).

Reemplazar sistemáticamente las palabras tomadas del árabe o del persa por palabras de origen turco (se crea expresamente una comisión ad hoc en 1932).

Obligar a los ciudadanos turcos a elegir nombres de origen turco: por ejemplo, Mustafá Kemal cambiará su nombre por Ataturk, "padre de Turquía".

La estandarización de una lengua: el ejemplo de Noruega

La situación lingüística de Noruega se complica cuando, después de tres siglos de dominación danesa (1523-1814), pasa a jurisdicción sueca antes de independizarse. Como coexisten el danés literario, enseñado en las escuelas, un estándar urbano y diferentes dialectos, se sucederán numerosas propuestas tendientes a construir una lengua verdaderamente noruega. En este sentido, se va a oponer en primer lugar el danés (*dansk*) al noruego (*norsk*), luego el *rigsmaal* al *landsmaal* y por último, el *bokmaal* al *nynorsk*. Tras estas apelaciones existen realidades variables: *rigsmaal* y luego *bokmaal* designan siempre la lengua más próxima al danés, mientras que *landsmaal* y luego *nynorsk* designan la lengua que se intenta estandarizar a partir de los diferentes dialectos del país.

Esta normalización se va a basar principalmente en la grafía de la lengua; el parlamento noruego votará sucesivas reformas ortográficas (1907, 1913, 1916, 1923, 1934, 1936, 1938, 1941, 1945,...) que corresponden en cada caso a opciones políticas diferentes: los que apoyan el *landsmaal*, partidarios de una lengua más próxima al danés, son fundamentalmente de derecha, mientras que los que apoyan el *nynorsk*, partidarios de una lengua popular, son más bien de izquierda.

Aún hoy coexisten estas dos lenguas; las escuelas pueden elegir los manuales redactados en una u otra grafía; también los periódicos optan por una u otra forma; aunque un sondeo de opinión (Gallup, 1946) demostró que el pueblo estaba mayoritariamente a favor de la fusión del landsmaal con el nynorsk: en este punto nuevamente los sentimientos lingüísticos, la política lingüística "espontánea", in vivo, era diferente de las elecciones de los planificadores, in vitro, cuyo deseo de diferenciar al noruego del danés era mucho más notorio que el del resto de los hablantes. Comprobamos entonces que la política lingüística puede tener una función simbólica e ideológica fuerte: en Noruega, básicamente, se busca eliminar toda huella de la dominación danesa y afirmar, por medio de la unificación lingüística, la existencia de una nación noruega.

III. La acción sobre las lenguas

En situaciones de plurilingüismo, los Estados pueden verse obligados a promover una u otra lengua hasta entonces dominada o, por el contrario, negarle a alguna otra el estatuto que tenía; en definitiva, modificar el estatuto y las funciones sociales de las lenguas en presencia. Voy a presentar rápidamente dos ejemplos de este tipo de intervención: la elección de una lengua nacional y la "recuperación" de una lengua.

La elección de una lengua nacional: Malasia

Cuando se independiza a mediados de los cuarenta, Indonesia decide adoptar como lengua nacional el malayo, lengua vehicular usada principalmente en puertos y mercados. Por entonces la lengua más hablada del archipiélago es, sin duda, el javanés, al que se suman doscientas variedades diferentes agrupadas en diecisiete conjuntos dialectales. Pero esa elección tenía una ventaja: oficializar la lengua de nadie, una lengua que permitía ahorrar polémicas y conflictos étnicos. Esta política, evidente intervención in vitro sobre las lenguas, estará seguida por una acción sobre la lengua. En efecto, será preciso concederle al malayo (rebautizado bahasa indonesia, "lengua indonesia") un vocabulario adecuado a sus nuevas funciones. Para esto, se adoptó una estrategia de "asiatización" del léxico: escoger una palabra que ya

existía en bahasa indonesia, escoger una palabra en otra lengua del archipiélago si no existía en bahasa, o bien escoger una palabra en otra lengua asiática; tomar un término de una lengua internacional europea sería la última de las soluciones.

Por esta razón, en el ámbito político se eligió una palabra más local, *swantantra*, en lugar de la palabra *autonomi*, que la población utilizaba a diario, y en el ámbito científico se optó por la palabra árabe *zarrab* para designar el átomo, en lugar de la palabra internacional tomada del griego. Tanto la neología en este caso, como la grafía en el caso noruego, tenían fuertes connotaciones ideológicas.

La "recuperación" de una lengua: Cataluña

El caso de Cataluña es ejemplar dado que allí el trabajo de los lingüistas, la política lingüística y la política a secas se encuentran estrechamente unidos.

Charles Ferguson habría podido tomar la situación catalana en la época del franquismo como ejemplo de diglosia: el castellano (español) era sin duda la lengua dominante ("variedad alta" para Ferguson) y el catalán, la lengua dominada ("variedad baja"). Ante esta situación, los lingüistas catalanes (en especial Ll. Aracil y R. Ninyoles) desarrollaron en primer lugar una crítica teórica del concepto de diglosia a partir de la situación concreta que vivía Cataluña: en efecto, Ferguson y Fishman tendían a eliminar los conflictos característicos de las situaciones de diglosia y a presentar como normal una situación de dominación. Pero cabe destacar que la expresión "lengua dominada" (así como "lengua dominante") es una metáfora: los pueblos, y no las lenguas, son los dominados (o los dominantes). Ahora bien, cuando muere Franco y Cataluña obtiene un estatuto autónomo, el gobierno concede a los lingüistas una tregua creando ciertas instituciones destinadas a cambiar la situación lingüística. La constitución española de 1978 introducía en el artículo 3 una distinción entre la lengua oficial del Estado y las lenguas oficiales de las comunidades autónomas pero, sobre todo, bautizaba la lengua del Estado castellano y ya no español, insistiendo con esta variante semántica en que se trataba en un principio de la lengua de Castilla y no de España. Conforme con esta constitución, el Estatuto de Autonomía de Cataluña en el artículo 3 determinaba:

1. La lengua específica de Cataluña es el catalán.
2. La lengua catalana es la lengua oficial de Cataluña, como el castellano la lengua oficial de todo el Estado español.

En este marco jurídico, rigurosamente delimitado, se va a llevar a cabo la "recuperación" del catalán en Cataluña. En 1983 se vota una ley de "normalización lingüística" que establecía, por ejemplo, que todos los escolares (catalanes o no) debían aprender las dos lenguas, que las actividades comerciales, publicitarias o deportivas debían realizarse en catalán, etc.

Toda esta planificación apuntaba a instituir un bilingüismo no diglósico en Cataluña. También influyó en el ámbito del entorno lingüístico (señales de ruta, inscripciones oficiales) y favoreció los trabajos de los sociólogos, quienes multiplicaron las encuestas sobre la situación de bilingüismo. Se puede delimitar la evolución de esta situación comparando las respuestas sobre el conocimiento del catalán en los censos de 1975 y 1986:

	no comprenden el catalán	comprenden el catalán	lo hablan	lo escriben
1975	25,7%	74,3%	53,1%	14,5 %
1986	11%	90,3%	59,8%	30,1%

Se percibe un progreso notable del catalán en todos los planos (comprensión, uso oral, uso escrito). Este ejemplo es una señal de optimismo en cuanto a la política lingüística, pues la acción sobre las lenguas, el intento de crear un bilingüismo no diglósico no puede considerarse en este caso una intervención únicamente lingüística: Cataluña necesitaba esta política lingüística para asegurar su autonomía; con el éxito o el fracaso de esta "recuperación" se pone en juego también el futuro de la Generalitat.

Para finalizar, este tema nos conduce a algunas consideraciones más teóricas. En efecto, es lícito preguntarse si la idea misma de política y planificación lingüística implica propiedades de la lengua y de sus

vínculos con la sociedad. En otras palabras: ¿qué debe ser la lengua para que sea posible una política lingüística?

Para este punto, una precisión teórica. Soy de los que piensan que la única forma de que la sociolingüística se constituya coherentemente es rechazar el corte que impuso el estructuralismo entre el instrumento de comunicación que sería la lengua y sus condiciones de utilización. En efecto, creo que el objeto de estudio de la lingüística es la comunidad social en su aspecto lingüístico y no únicamente la lengua o las lenguas. Desde este punto de vista, la política lingüística pertenece a la sociolingüística aplicada, y no puede ser más que una intervención en la sociedad por intermedio de las lenguas. Y presupone entonces dos propiedades de la lengua:

- la propiedad de cambio interno, que la historia de las lenguas puede confirmar: todas las lenguas cambian a través del tiempo;
- la propiedad de cambio externo, es decir, de cambios en las relaciones entre las lenguas: los casos indonesio o catalán someramente presentados también lo confirman.

Pero la política lingüística presupone asimismo que esos cambios pueden ser producto de una acción *in vitro*, que el hombre puede cambiar conscientemente la lengua, las relaciones entre las lenguas y, por ende, la situación social. Esta suposición es enorme si pensamos en la cantidad de situaciones donde la dominación social se traduce en dominación lingüística. Pero no sólo es práctica, también es teórica: toda intervención en las lenguas y las situaciones lingüísticas está estrechamente vinculada con el análisis previo de esas lenguas y esas situaciones.

IV. El caso de Europa

Y así llegamos al tema central del artículo: Europa. Todo el mundo sabe que la mayoría de las lenguas habladas en Europa son de origen indoeuropeo. Pero esta noción sólo tiene valor genético, histórico, y actualmente no es acorde con la geografía: por ejemplo, el español, lengua indoeuropea, es mucho más hablado en América que en Europa, igual que el portugués; el inglés, lengua indoeuropea, sólo cuenta con una escasa parte de sus hablantes en Europa, etc. El impacto de la historia

en las lenguas hace que, para comprender la situación lingüística europea, tengamos que considerar sus relaciones actuales con la situación lingüística mundial. Descubriremos que la lengua más hablada en la Europa de los quince, en tanto primera lengua, es el alemán; sin embargo esta lengua no desempeña ningún papel internacional porque es poco hablada como segunda lengua, pero además porque los vencedores de la guerra del 40-45 se impusieron en los organismos internacionales (ONU, UNESCO, etc.), donde tienen poder político (derecho a veto en la ONU, por ejemplo) y lingüístico, (ni el alemán ni el japonés, lenguas de los vencidos en la última guerra, se admiten como lenguas de trabajo). Hablar de la Europa lingüística supone entonces hablar también de relaciones de fuerza mundiales.

La estructura lingüística europea

Ante la pregunta: ¿cuántas lenguas se hablan en Europa? No resulta sencillo responder sin ponerse de acuerdo previamente sobre ciertos puntos:

-En primer lugar, ¿qué es una lengua? Efectivamente, durante muchos años hubo una tendencia a considerar lenguas únicamente aquellas que utilizaba el poder, las lenguas "oficiales" o "nacionales", con estatuto de derecho o de hecho, y a tratar las otras como "dialectos": Francia en particular, sin ser la única, nos ofrece un claro ejemplo del desprecio por las lenguas periféricas.

-¿Hay que tener en cuenta únicamente las lenguas oficiales? ¿Hay que incluir en la lista de lenguas habladas en Europa las que, como el gaélico o el corso, no tienen estatuto oficial pero cumplen una función local? O más aún, ¿hay que ubicar las lenguas de los inmigrantes al mismo nivel que estas lenguas locales?

Si nos atenemos al punto de vista legal, en la Europa de los quince existe cierto número de lenguas oficiales o nacionales, aunque este estatuto no siempre se inscribe en la constitución:

Bélgica: tres lenguas nacionales (francés, alemán, neerlandés) que, según la región, se enseñan en la escuela primaria;

Dinamarca: una lengua nacional, el danés;
Alemania: una lengua nacional, el alemán;
Grecia: una lengua nacional, el demótikos o griego demótico;
España: una lengua oficial, el castellano, a la que se suman lenguas regionales cooficiales (catalán, vascuence, gallego);
Finlandia: dos lenguas nacionales, el finlandés y el sueco;
Francia: una lengua nacional, el francés;
Irlanda: dos lenguas de estatuto nacional (que se enseñan en la escuela primaria), el inglés y el irlandés;
Italia: una lengua nacional, el italiano (y lenguas de estatuto especial: el francés en el Valle del Aosta y el alemán en el Alto Adigio);
Luxemburgo: tres lenguas nacionales: el alemán, el francés y el luxemburgués;
Países Bajos: una lengua nacional, el neerlandés;
Portugal: una lengua nacional, el portugués;
Reino Unido: una lengua nacional, el inglés (con estatuto especial para el galés en el País de Gales);
Suecia: una lengua nacional, el sueco.

Contamos entonces trece lenguas "oficiales"; de las cuales algunas tienen ese estatuto en diferentes países de la Europa de los quince:

<i>lenguas</i>	<i>oficiales en</i>
francés	tres países (Francia, Bélgica, Luxemburgo) y una región (Valle del Aosta).
alemán	tres países (Alemania, Luxemburgo y Austria) y dos regiones (Alto Adigio y Bélgica).
inglés	dos países (Reino Unido, Irlanda).
neerlandés	dos países (Bélgica, Países Bajos)
sueco	dos países (Suecia, Finlandia)
danés	un país (Dinamarca)
griego	un país (Grecia)
castellano	un país (España)
finlandés	un país (Finlandia)
irlandés	un país (Irlanda)
luxemburgués	un país (Luxemburgo)
portugués	un país (Portugal)
italiano	un país (Italia)

A estas lenguas oficiales cabe agregar:

- 1) *Las lenguas regionales oficiales*: (catalán, vascuence, gallego, galo)
- 2) *Las lenguas regionales no oficiales*: (bretón, corso, alsaciano, sardo, etc.)
- 3) *Las lenguas de los inmigrantes* que pueden tener en la Europa de los quince un número ínfimo de hablantes (bengalí o bahasa indonesia, por ejemplo) o bien representar, por el contrario, un grupo importante de hablantes (el turco en Alemania, el árabe en Francia, etc.) y tener en el mundo un número relativamente escaso de hablantes (el wólof, el créole, etc.) o un grupo muy importante de hablantes (el chino, el hindi, etc.). La situación lingüística de Europa entonces se puede diagramar en forma de pirámide: las lenguas más reconocidas en la cima y las menos reconocidas en la base:

Lenguas oficiales (o nacionales)

Lenguas regionales (oficializadas o no reconocidas)

Lenguas de inmigrantes

lo que en Francia, por ejemplo, daría:

francés

vascuence, catalán, occitano, corso, bretón, alsaciano, flamenco...

árabe, khemer, soninké, bambara, cantonés, beréber, yiddish, turco, polaco, griego, vietnamita, italiano, lingala, ruso, armenio, español, portugués, etc.

Tras las lenguas "reconocidas", las lenguas oficiales, existen muchas otras, de las cuales algunas no son estadísticamente secundarias, y esa estructura lingüística europea debería estar presente en el punto de partida de cualquier reflexión sobre una política lingüística europea.

Europa y el mundo

Tenemos entonces una estructura lingüística europea, formada por lenguas oficiales, regionales y de inmigrantes que, en cada situación nacional, mantienen relaciones especiales. Pero sobre esta estructura influyen otras relaciones, consecuencia del estatuto de las lenguas en presencia fuera de Europa. Por ejemplo, el inglés es lengua oficial en dos países europeos (Gran Bretaña e Irlanda) y en 46 países en el mundo; el castellano es oficial en 1 país europeo y en 21 países en el mundo; el francés, en 3 países europeos y en 36 en el mundo, etc.

Por cierto, también es importante considerar el número de personas que hablan esas lenguas, pero estos datos resultan más difíciles de precisar. Recalquemos en primer lugar que seis lenguas de la Europa de los quince (inglés, español, portugués, alemán, francés, italiano) se encuentran entre las doce más habladas del mundo. Pero cabe acotar asimismo que cuatro de ellas (inglés, español, portugués, francés) adquieren su importancia mundial debido a su situación fuera de Europa, hecho importante para comprender los problemas lingüísticos contemporáneos.

Existen entonces ciertas lenguas cuyo estatuto es únicamente nacional (el danés, el griego), otras de estatuto europeo (el alemán, el neerlandés) y otras de estatuto mundial; entre estas últimas dominan tres: el inglés, el español y el francés, debido a la cantidad de países donde se las habla.

El cuadro que se presenta a continuación resume estos datos. Para esta estimación, contabilizamos la cantidad de habitantes en cada país donde se hablan esas lenguas, con algunas correcciones: en los países africanos anglófonos y francófonos, por ejemplo, así como en India, estimamos que sólo el 10% de la población puede ser considerada anglófona o francófona. Pero no tuvimos en cuenta la cantidad de personas (muy importante para el inglés, considerable para el español y el francés) que, sin vivir en un país donde esa lengua tiene estatuto oficial o semioficial, la aprendieron y se comunican gracias a ella. El siguiente cuadro considera sólo las personas que tienen esas lenguas como primera lengua, o bien las utilizan a diario para trabajar, relacionarse con los poderes públicos, etc. Esto se traduce, para el año 1991, en las cifras que se detallan a continuación:

	<i>hablantes</i>	<i>estatuto</i>	<i>países</i>
inglés	alrededor de 400 millones	mundial	32
castellano	alrededor de 260 millones	mundial	21
portugués	alrededor de 160 millones	mundial	7
francés	alrededor de 120 millones	mundial	33
alemán	alrededor de 100 millones	europeo	6
italiano	alrededor de 60 millones	nacional	1
neerlandés	alrededor de 20 millones	europeo	2
griego	alrededor de 10 millones	nacional*	2
sueco	alrededor de 9 millones	europeo	2
finlandés	alrededor de 5 millones	nacional	1
danés	alrededor de 5 millones	nacional	1
luxemburgués	alrededor de 500.000	nacional	1

*Por lógica, el griego debería considerarse lengua "europea" o "mundial" ya que se habla en otro país: Chipre. Pero las cifras son muy bajas....

Esta doble clasificación tiene la ventaja de corregir la importancia numérica de las lenguas (cantidad de hablantes) con la importancia territorial: el alemán, por ejemplo, la lengua más hablada en Europa, tiene estatuto europeo únicamente, mientras que el portugués, menos hablado en Europa que el alemán, adquiere importancia mundial en Africa (Angola, Mozambique) y en América Latina (Brasil).

De este modo, tras cada lengua en presencia existe un segundo plano evaluable en dos sentidos: por cantidad de hablantes en el mundo y por cantidad de países donde se la utiliza: las lenguas oficiales europeas tienen (o no) tras ellas una especie de potencia que determina su estatuto en el seno mismo de Europa. Pero esto no es cierto únicamente para las lenguas oficiales, ocurre lo mismo con las lenguas de los inmigrantes: algunas tienen escasa importancia mundial, mientras que otras, como el árabe o el chino, reúnen una gran cantidad de hablantes en el mundo.

Lingüísticamente, la Europa de los quince es el reflejo de una organización mundial, producto de la Historia. En Europa, el alemán se afianza en el este y el norte, hacia Austria, pero también hacia los países donde tradicionalmente se enseña (Hungría, países nórdicos); el castellano y el portugués se expanden hacia América del Sur; el inglés y el francés se expanden en forma más diversa (Africa, Antillas, América del

Norte, Líbano, Vietnam, etc. en el caso del francés; América del Norte, Australia, India, Africa para el inglés). Y las "grandes" lenguas de los inmigrantes son como puentes tendidos entre Europa, Africa o Asia.

Retorno a la historia

Para ciertas lenguas de Europa, tenemos cifras aproximativas de hablantes, muy remotas en la historia:

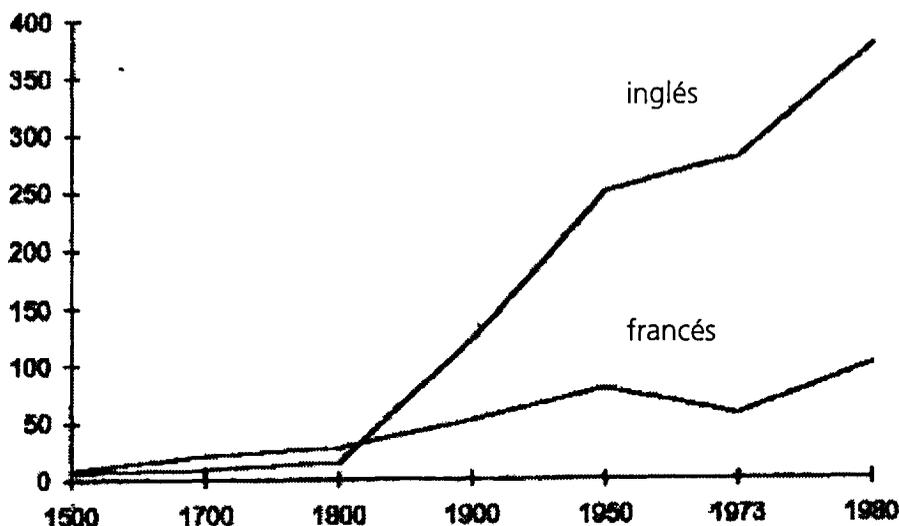
	inglés	francés (en millones)	alemán	italiano	español
hacia 1100	1,5	8	—		
1500	5	12	10	9,5	8,5
1700	9	20	20		
1740	10 a 15				
1800	15	28	23	18	
1900	123	52	80	54	58
1950	250	80	100	60	120

Pierre Burney, tomadas de Mario Pei y R.Lascar (*Les langues internationales*, 1966, PUF, p.67)

Si para el período que se extiende desde 1500 hasta 1950, tomamos las cifras que publicó Bernard Pottier¹ y las que yo mismo establecí² para el período reciente; podremos realizar la siguiente comparación de la progresión de las diferentes lenguas en presencia: el inglés y el francés en primer lugar, luego el alemán y el francés, el español y el alemán, y por último las cuatro lenguas. Por cierto, la comparación es aproximativa, pues se utilizó un sistema de cálculo diferente en cada una de las tres evaluaciones. Sin embargo, los gráficos que siguen son un buen elemento de comprensión de la historia de las lenguas.

1. Bernard Pottier, *Le Langage*, París, 1973.

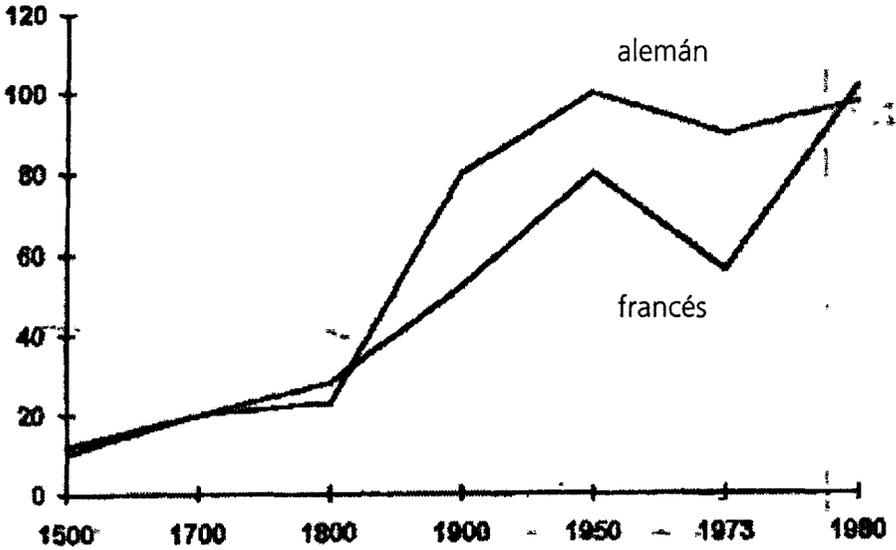
2. Louis-Jean Calvet, *L'Europe et ses langues*, París, Plon, 1993.



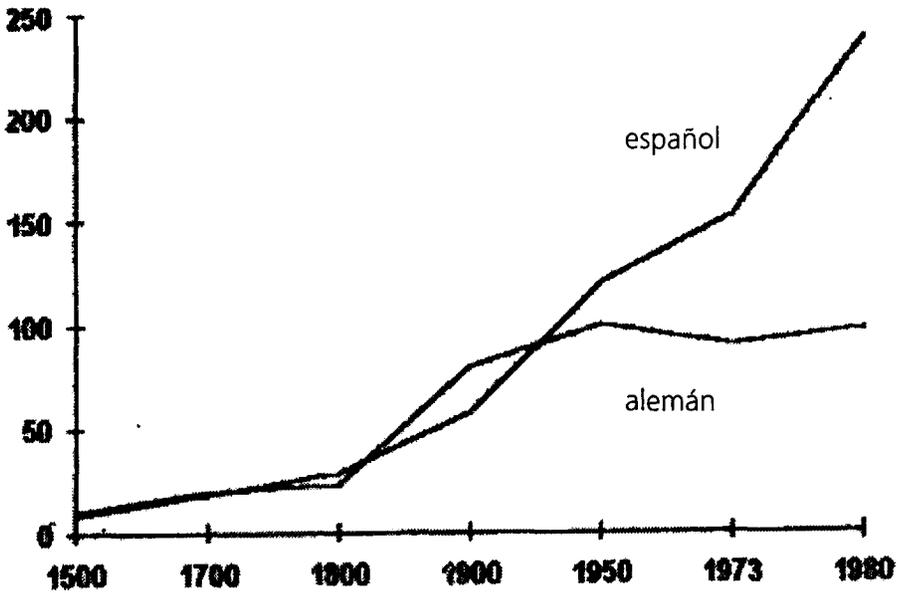
El gráfico es preciso: vemos que a principios del siglo XIX el relativo paralelismo de las dos curvas se rompe bruscamente en favor del inglés. Hay dos tipos de explicación para esta evolución:

-Los factores demográficos en primer lugar. En este sentido, en 1801, Francia contaba con 27 millones y medio de habitantes; Inglaterra y el País de Gales, con menos de 9 millones; estas cifras ascienden a 39 millones de franceses, 29 millones de alemanes y 26 millones de británicos en 1835, y actualmente, la importancia demográfica de los Estados Unidos, por cierto, invirtió completamente las relaciones.

-Los factores económicos y la expansión colonial de las grandes potencias que, en favor de un incremento del número de hablantes de la lengua francesa (como muestra la curva entre 1800 y 1950), suscitarán un crecimiento paralelo mucho más importante que el de hablantes de lengua inglesa.

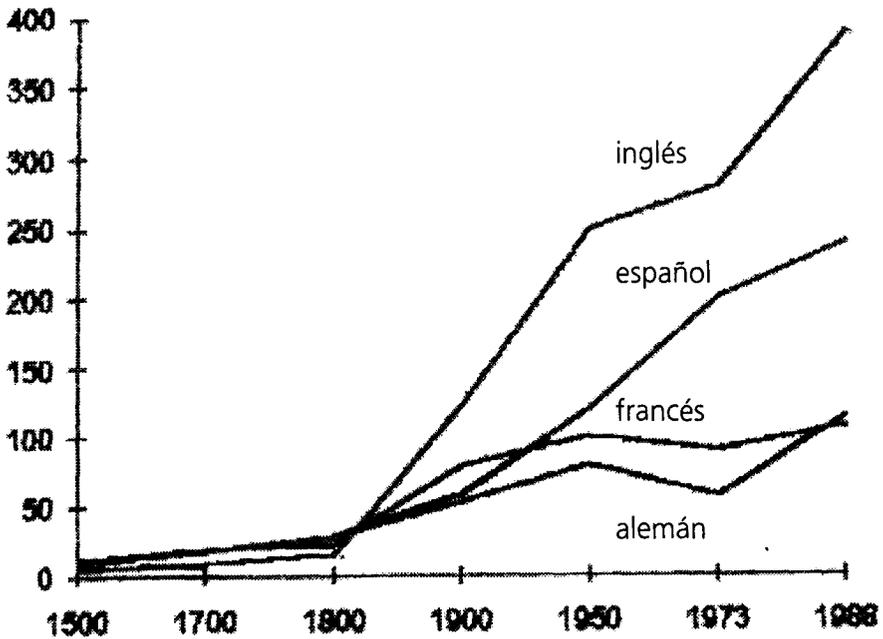


Aquí el gráfico es menos claro: las curvas se rozan en 1700, luego se separan en el siglo XIX, cuando el alemán supera al francés, y se vuelven a separar en los últimos años, cuando el francés recupera el primer lugar. Pero los factores de esta evolución son de diferente naturaleza. En el caso del francés, como observamos, la importancia de la lengua es producto de su importancia europea en siglos pasados y de la expansión colonial. En el caso del alemán, lengua que, reiteremos, no tiene difusión notable fuera de Europa, prevalece la importancia demográfica de los países de habla germana.



El gráfico nos muestra que, por razones de demografía europea, el alemán fue durante mucho tiempo más hablado que el español, antes de que la gran explosión de los países latinoamericanos hispanófonos le asegurara al español el dominio que revela el gráfico en la segunda mitad del siglo.)

Los cuatros gráficos superpuestos nos dan una idea más general de las relaciones entre estas lenguas en el curso de la historia:



Haciendo abstracción de la inflexión de las curvas en 1973, vemos que el inglés, el español y el francés se hallan en progresión constante y que sólo el alemán se estancó. Si tuviéramos cifras semejantes para el portugués, la curva se situaría, a partir de 1800, entre la del francés y la del español. Y, reiteremos, en todos los casos la demografía europea no da cuenta de esta progresión: razones de implantación extraeuropea hacen que el inglés, el portugués y el francés superen al alemán, la lengua más hablada como primera lengua en Europa.

Repercusiones posibles en la política lingüística europea

¿Qué utilidad puede tener una presentación como la precedente cuando lo que interesa realmente es el futuro lingüístico de la Europa de los quince?

La primera conclusión que se impone es que sería extremadamente simplista considerar la Europa lingüística como la suma y la interacción de las lenguas nacionales, oficiales o regionales de los quince países que la componen. Hemos visto que numerosos factores determinan la situación lingüística de la CEE, y que las lenguas oficiales (o nacionales) no son más que un elemento entre tantos otros. Por un lado, dada la importancia numérica de los inmigrantes magrebíes, portugueses o asiáticos en Francia, turcos o griegos en Alemania, etc., se puede decir que el árabe o el chino, frente al francés y a las lenguas minoritarias son lenguas de Francia, como el turco es también una lengua de Alemania, el hindi una lengua de Gran Bretaña, el bahasa indonesia una lengua de los Países Bajos, etc. Por otro lado, dada la importancia planetaria del inglés, el francés, el portugués y el español, también se puede decir que se trata de lenguas mundiales más que de lenguas europeas. De estas observaciones surgen dos tipos de conclusiones relativas a una eventual política lingüística europea:

1) En primer lugar, la Europa lingüística no es una entidad autónoma; constituye más bien un campo cerrado donde se enfrentan cuatro lenguas de difusión mundial que coexisten con doscientas o trescientas lenguas de diverso estatuto: unas, verdaderamente europeas y otras, producto de la inmigración; unas, oficiales y otras, ignoradas por la ley, sin contar necesariamente con menos hablantes que las precedentes. Por eso existen lenguas con mayor peso que otras debido a su estatuto mundial, y una de ellas, el inglés, con un peso mucho mayor. Sin duda, esta visión es pesimista desde el punto de vista alemán, o peor aún desde la óptica griega o danesa, pero cabe acotar que toda elección política tendiente a la ratificación del predominio mundial del inglés, el español, el portugués y el francés no cambiaría en absoluto la situación de Europa, ni tampoco el evidente peso europeo de la lengua alemana o la importancia creciente de la migración de las lenguas asiáticas.

2) Por otra parte, la Europa lingüística constituye un microcosmos del mundo: se hablan casi todas las lenguas, y esta pluralidad es de una riqueza inestimable que, por cierto, sería vano desaprovechar. Vimos que

en Europa existían lenguas de estatuto únicamente nacional (el danés, el griego), lenguas de estatuto europeo (alemán, neerlandés), lenguas de estatuto mundial, en cuanto a las lenguas que gozan de un reconocimiento oficial, y hay que agregar las lenguas regionales (que pueden tener un estatuto nacional o europeo) y las lenguas de los inmigrantes (que también pueden estar presentes de modo significativo en uno o varios países de la CEE). Hay una forma cómoda de analizar esta situación tomando el par sinonímico plurilingüismo y multilingüismo, y redefiniendo brevemente el sentido de ambos términos. Los dos prefijos latinos utilizados aquí expresan, en efecto, más de un matiz: multi, significa "mucho, numeroso" y plures "más numeroso". Entonces se puede reservar el término plurilingüismo para describir situaciones nacionales ("varias lenguas en un mismo Estado"), mientras que multilingüismo designaría la coexistencia de "lenguas transnacionales". Europa estaría compuesta, pues, por países plurilingües, siendo el territorio europeo multilingüe, pero estas lenguas del multilingüismo pueden encontrarse en ciertas situaciones plurilingües: así, el francés, participa conjuntamente en el plurilingüismo de Francia y en el multilingüismo de Europa, como el inglés y el alemán. Pero este enfoque no puede limitarse a las lenguas oficiales: por ejemplo, el vascuence y el catalán participan tanto en el plurilingüismo de Francia y de España como en el multilingüismo del sur de Europa, del mismo modo que ciertas lenguas de inmigrantes, provenientes de migraciones internas en Europa (griego, italiano, portugués, etc.) y de migraciones externas (turco, árabe, cantonés, etc.). Entonces podríamos realizar una selección en la riqueza lingüística de Europa, selección que pondría de relieve las lenguas del multilingüismo, que puede ser únicamente europeo (neerlandés, catalán) o bien mundial (inglés, cantonés, francés, árabe).

En un plano más general, lo que acabamos de ver con respecto a las relaciones entre situación lingüística europea y situación lingüística mundial no sólo es útil para comprender el panorama, sino que además nos permite destacar sus efectos en la política de los Estados. En efecto, algunos países, Francia y España en primer lugar (los países de lengua inglesa no tienen, y con razón, este problema), se encuentran en una contradicción que puede conducir al doble discurso. Por un lado, se trata de mantener o mejorar las posiciones de la propia lengua fuera de Europa (la francofonía, con su política, sus ideólogos, instituciones y medios financieros es el mejor ejemplo) y, por otro, se busca una solución

diferente de la del inglés para los problemas lingüísticos europeos. Y por esta razón se llega a defender del inglés la propia lengua o las lenguas de todos los Estados europeos, incluso todas las lenguas regionales, sin percibir que las razones (que pueden ser buenas) tendientes a rechazar el inglés como única lengua de Europa también deberían conducir a una reflexión sobre las prácticas lingüísticas europeas en el Tercer Mundo; sobre las relaciones, por ejemplo, entre el francés y las lenguas africanas o entre el castellano y las lenguas indígenas de América del Sur.